

LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

REVISTA PROFESIONAL Y CIENTÍFICA

(CONTINUACION DE EL ECO DE LA VETERINARIA).

Se publica tres veces al mes. Director: D. León F. Gallego (Pasion, 1 y 3, 3º derecha - Madrid).

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Lo mismo en Madrid que en provincias, 4 rs. al mes, 12 rs. trimestre. Ultramar, 80 rs. al año. En el extranjero 18 francos también por un año. — Cada número o cuadrito, 2 rs.

Sólo se arquitan sellos del franquio de cartas, de los pueblos en que no haya giro, y aun en este caso, enviándolos en carta certificada, sin cuyo requisito la Administración no responde de los ostrarios; pero abonando siempre la administración siguiente: 11 sellos por cada 4 rs.; 16 sellos por cada 6 rs.; 27 sellos por cada 10 rs.

PATOLOGÍA Y TERAPÉUTICA.

Sobre la EPIZOOTÍA DEL GANADO ASNAL.

Al encargarme del partido de Veterinaria de este pueblo en San Miguel de Setiembre del corriente año, me encontre con la epizootia reinante en el ganado asnal del mismo, sin que yo tuviera la más remota idea de ella.

De ciento ochenta caballerías menores que hay en esta vecindad, son muy pocas las que se han librado del tal azote; y sin embargo, no han muerto de tan temible enfermedad más que dos.

En la exploración primera, los enfermos presentaban los *síntomas* siguientes: Tos seca, profunda y frecuente; inapetencia; tristeza; algo de abatimiento; dispnea; fiebre; conjuntivas inyectadas; dolor agudo en las fauces á la menor presión con los dedos; deyección narítica; estertor mucoso bronquial; piel seca y pelo erizado. Estos síntomas, se encontraban más ó menos pronunciados, según la mayor ó menor intensidad de la afección.

Los dueños de los animales enfermos, al reclamar mis auxilios científicos, todos decían: «Le llamo á V. porque el burro (ó burra) tiene tos y no quiere come.»

En vista, pues, del cuadro de síntomas descrito, clasifiqué la enfermedad de angina laringo-bronquial aguda epizootica.

Nada digo de los esordios orgánicos, porque como era tan crecido el número de invasiones cuando murieron los dos citados (sucedió á poco de establecerme en este punto), me fué absolutamente imposible practicar la autópsia, pues todo el tiempo era poco para atender á los en-

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRICIÓN.

En Madrid: en la Redacción, calle de la Pasion, número 1 y 3, tercero derecho. — En provincias: por conducto de corresponsal ó remitiendo á la Redacción libranza sobre correo ó el número de sellos correspondiente.

NOTA. — Las suscripciones se cuentan desde primero de mes. — Hay una asociación formada con el título de la DIGNIDAD, cuyos miembros se figuran por otras bases. Vease el prospecto, que se da gratis. — Todo suscriptor á este periódico se considera que lo es por su importunidad, y en tal caso responda de sus pagos mientras no avise á la Redacción en sentido contrario.

fermos y descansar algo, aunque poco.

Causas. — Sabido es de todos, que el verano último fué extremadamente seco y caluroso; y que, por dicha causa, la atmósfera se encontraba excesivamente cargada de electricidad.

Un verano en tales condiciones, fácilmente se comprende que ha de haber perjudicado á la salud en general; y como consecuencia necesaria, los pastos producidos bajo su influencia habían de ser de mala calidad, y las aguas estancadas tenían que alterarse. Ahora bien: los dueños del ganado asnal, en general, pertenecon á la clase proletaria, y por la escasez de recursos, sus animales se alimentan más de lo que los mismos recogen en el campo, que de pienso seco de buena calidad. Por otra parte, en muchos puntos de España, no disconen sus habitantes de otros abrevaderos, que de aguas estancadas; y donde esto sucede claro es á que los animales por necesidad han tenido que beber esas aguas exclusivamente. Sometidos, pues, los precipitados animales á un clima y alimentación de tales condiciones, lógicamente se desprende que han debido predisponerse á padecimientos graves; toda vez que, introducidos en la sangre los principios más ó menos sépticos contenidos en el aire, en el agua y en su mala alimentación, indefectiblemente habían de alterarla y empobrecerla, y de ahí el desarrollo, con todas sus consecuencias, de la mencionada epizootia.

Según mi humilde opinión, en las lacónicas consideraciones que preceden está encerrada toda la etiología de la susodicha enfermedad epizootica; pues el que se haya presentado más ó menos benigna en unos puntos que en otros, no destruye de ninguna manera la esencia del hecho: el más ó el menos, no constituye diferen-

cia esencial. Además, no debemos olvidar lo que á propósito de esta epizootia reinante se ha estampado ya en LA VETERINARIA ESPAÑOLA: que á esta enfermedad le sucede lo que á toda fuerza desplegada cuando ha alcanzado su máximum, esto es, que pierde en intensidad cuan-
to gana en extension. Asimismo, no puede negarse que las lluvias copiosas y generales de principios de otoño y el frio producido por las mismas, han contribuido poderosamente á su benignidad, pues, operando un cambio atmosférico favorable á la salud general, naturalmente tenia que debilitarse su perniciosa acción, y por consiguiente, sus consecuencias habian de ser mucho menos desastrosas.

Tratamiento.—Desde un principio estableci el siguiente: Sangrias generales tan copiosas cuanto lo reclamaban la fiebre é inyección de las conjuntivas, edad, temperamento y estado de carnes del enfermo; cataplasmas emolientes con mucho abrigo en las fauces, que se renovaban mañana y tarde; valhos emolientes dirigidos á las fosas nasales, lavatorio compuesto de la segunda agua de cebada cocida, miel y vina-
gre, en corta cantidad, para la boca (éste y los valhos se repetian cada dos horas); friegas secas y fuertes por mañana y tarde en todo el cuerpo, sobre todo en las cuatro extremidades; bien enmantado el enfermo; opiatas compuestas de quina, genciana, alcanfor y miel en cantidad conveniente, que se administraban al enfermo en dosis pequeñas y con alguna frecuencia; y como único alimento, agua en blanco templada y emetizada, en cantidad de una dracma de tár-
taro emético por seis cuartillos de agua común, á todo pasto, aumentando ó disminuyendo la proporción del emético, segun la mayor ó menor gravedad del caso.

Cuando por la ausencia de la sed, los animales se negaban á beber la mencionada agua, entonces les daba el tártero emético con un poco de salvado remojado con agua templada (ó con migas de pan deshecha en un plato grande) en cantidad de una dracma por la mañana, otra en medio del dia y otra por la noche á ultima hora. Si la enfermedad se agravaba, en este caso aplicaba sedales á los pechos y vejigatorios á las fauces, pechos y partes colaterales inferiores del pecho.

Con este tratamiento y una buena higiene he triunfado en esta población de tan funesta enfermedad; pues los enfermos entraban en convalecencia de los diez á los quince dias de tratamiento, y de los veinte á los treinta volvían los animales á sus trabajos ordinarios.

Debo advertir que la tos, que es el primer

síntoma de la enfermedad, es tambien el último que desaparece.

Tampoco debo pasar en silencio, que los dos citados casos de muerte que tuve recayeron en animales que eran de un mismo dueño, y por consiguiente habitaban juntos en una misma cuadra. El primero, pollino de diez y seis meses, murió á las cuarenta y ocho horas de mi primera visita; y la segunda, burra de nueve años, sucumbió á las veintiseis horas de haber sido llamado la primera vez. En ambos casos, los sedales y vejigatorios más enérgicos no produjeron ningún efecto, pues faltaba la acción de la naturaleza; y no siendo posible iniciar un movimiento de reacción, el término de la enfermedad tenia que ser funesto, la muerte inevitable.

Con respecto á la propiedad contagiosa de esta afección epizootica, como quiera que no poseo datos seguros y concluyentes para asignarle ese carácter, me concretaré tan solo á narrar los hechos tal como los he observado.

En los dos referidos casos de muerte, enfermó la segunda despues de haber sucumbido el primero. En las casas de este pueblo en que tienen sus dueños dos ó más caballerías menores, enfermaban las segundas, despues de haber curado ó cuando ya faltaba poco á las primeras atacadas. En diferentes puntos de este país (según noticias de referencia), han muerto bastantes animales del ganado asnal de la repetida epizootia, y en todos ó casi todos los casos han enfermado y muerto los segundos despues de haber sucumbido los primeros. Una persona de uno de los pueblos de la ribera de Giloca, compró cinco burros en la feria de Calatayud, y se le murieron cuatro, uno tras otro, sin que los recursos de la ciencia pudieran libraro de tan fatal resultado; y el quinto, que se libró de la muerte, *se quedó ballado* (palabras testuales del dueño). En fin, casos de esta naturaleza, pudiera citar algunos más; empero creo que lo dicho basta para que, en vista de lo observado por otros dignísimos compañeros, pueda decidirse de una manera clara y terminante si la enfermedad que nos ocupa es ó no contagiosa.

Lo que si puede asegurarse sin ningun género de duda, es: que la acción perniciosa de la referida epizootia ejerce una influencia directa sobre las enfermedades comunes. A estas las reviste de un carácter rebelde bien marcado, y en cuatro casos que tuve de verdadera complicación, los enfermos sucumbieron á las pocas horas.

Durante la epizootia, han ocurrido en esta localidad algunos casos de muerte repentina en el ganado mular; y en mi concepto, tambien

aquí ha desempeñado el principal papel la perniciosa acción de la misma.

Used, Noviembre 30 de 1876 (1).—MATEO VISTUER.

De la espontaneidad de la perineumonia contagiosa en las montañas de la Ariège (Francia).

POR
M. F. Mauri.

II.

Bajo el punto agrícola, el partido de la Ariège puede fácilmente dividirse en dos partes: la vega y la montaña. Casi todo el distrito de Pamiers está situado en la vega, el de Foix y una parte del de Saint-Girons en la montaña. El distrito de Pamiers y el de Saint-Girons presentan alegres ribazos, ricos valles cubiertos de praderas abundantes, llanuras fértils cuyo excelente suelo produce cereales de toda especie, mucho más abundantes de lo que necesita esta parte del distrito. Los animales domésticos, que se utilizan sobre todo para los trabajos agrícolas, son notables por la anchura de sus formas, impresión clara de su buena constitución.

La parte montañosa del partido que está unida á la vasta cadena de los Pirineos, se eleva gradualmente de Norte á Sur y está dividida en picos muy notables. Ofrece senderos más ó menos peligrosos, designándose con el nombre de *puertos*, que sirven de pasaje entre Francia, Andorra y España. Hay algunos que pueden pasearse fácilmente; pero la mayor parte no son accesibles más que para los animales de carga, y aun á riesgo de rodar á un precipicio horrible, cuya profundidad mide la vista con espanto: para esto, hay que esperar aún que el sol abasidor del verano haya derretido las nieves que los cubren durante nueve meses del año. Muchos de esos senderos no son franqueados más

que por los contrabandistas, que no reparan en jugarse su vida en cambio de un paquete de tabaco ó de un barril de vino de España.

En la línea más elevada hay valles limitados por montañas, que forman hondonadas de Sur á Norte y que se parecen con bastante exactitud á una hoja de helecho. La alta montaña es estéril en ciertos puntos, y cubierta solo de matorrales; en otros hay excelentes prados que, desgraciadamente, no son practicables más que en Julio, Agosto y Setiembre, á causa del frío excesivo y de la violencia de las intemperies que reinan durante el resto del año.

La parte media es muy productiva; tiene prados y bosques, que unos pertenecen al Estado, otros al Municipio y otros á particulares. En fin, en la parte baja se encuentran pequeños pueblos rodeados de praderas y tierras laborables muy divididas entre sus habitantes. No se cultiva más que la patata que, con el centeno, el maíz y el trigo sarracénico, constituye el principal alimento de aquellos moradores. Las tierras laborables bastan apenas para la subsistencia de una tercera parte de la población. En ese país poco poblado, la agricultura pastoril es la solo posible; sus habitantes no tienen casi otros productos que los que sacan inmediatamente de los animales; así es, que crean un número de estos mayor de los que les permiten sus recursos, porque no tienen ni la cantidad de forraje necesario para nutrirlos convenientemente durante el invierno, ni locales suficientes para establecerlos de una manera higiénica. No los dejan en el establo más que el tiempo en que es absolutamente imposible encontrar su alimento fuera. Durante el invierno se vé á esos pobres animales enfermar en gran número en los establos, donde parece que se han reunido todas las condiciones antihigiénicas. No se vé generalmente en las cuadras más que una sola puerta, cuya altura no iguala nunca á la de un hombre de talla ordinaria, ni una sola abertura hay en las paredes para permitir una ventilación suficiente. Algunas veces, no obstante, los propietarios, comprendiendo que falta aire á los animales, agujerean los muros practicando muy á menudo estas aberturas al nivel de la cabeza de aquellos. El piso de las cuadras es siempre más bajo que el terreno que las rodea, porque de este modo pueden tener un gran acumulo de estiércol, que llega algunas veces á más de 80 centímetros. Mientras están estabulados los animales, los mantienen con la mayor parsimonia. Cuando la estación rigurosa dura más de lo ordinario y que los pequeños depósitos de heno y paja se han acabado, he visto á esos desgraciados habitantes de las montañas utilizar las pa-

(1) Conviene ir tomando nota de las diferencias de apreciación y de hechos que resaltan en las observaciones publicadas (y en las que publicaremos) acerca de esta epizootía, mucho más mortífera de lo que podría inferirse por la lectura de los escritos dados a luz hasta ahora. A los ilustrados profesores de quienes nos consta que se retraen de publicar sus casos por la gran mortandad que tendría que figurar en ellos, les invitamos á que abandonen ese temor. Si la epizootía ha sido benigna en unos puntos, en otros ha sido grave, gravísima, desconocida por lo que se ha sabido ciencia capaz de limitarla en sus estragos. Pues bien: esas observaciones de impotencia terapéutica hacen tanta ó más falta que las otras para el estudio de la enfermedad. L. F. G.

jas de sus jergones para alimentar al ganado é impedir de este modo que mueran de hambre. Despues de pasar todo el invierno en esas cloacas infectas, y despues de toda suerte de privaciones van esos animales á los prados de las montañas, en donde permanecen hasta fin de Octubre. Allí los reunen en rebaños de 300 á 600 cabezas, comprendiendo cada uno de ellos el ganado de cinco ó seis pueblos, segun la importancia de éstos. Uno ó dos pastores son los encargados de conducirlos á sus zonas respectivas, que tienen una extension considerable y que por lo accidentado del pais permiten fácilmente tener separado un rebaño de otro.

La agricultura pastoril de la alta Ariege ha tenido, como todas las cosas de la tierra, sus buenos y malos dias. En otro tiempo, las montañas de Ariege estaban en gran parte cubiertas de bosques inmensos, de los que se encuentran señales en algunos puntos. Los prados eran notables por su vegetacion frondosa y los calores sofocantes de los meses de Julio y Agosto eran incapaces de hacerles sentir sequedad. Los bosques, á la par que conservan un grado de humedad suficiente, aminoraban las consecuencias de los vientos opiniéndose al trasporte de las tierras vejeñales, de los sitios elevados á los bajos. Los animales por su parte, vivian en las mejores condiciones higiénicas. Encontraban una alimentacion más abundante y resguardos que les permitian librarse del torbellino. Tenian sitios donde se reunian de noche ó durante el mal tiempo, pues, colocados en los parajes más resguardados y rodeados de grandes árboles, se preservaban de las intemperies. Desgraciadamente, estas condiciones tan favorables á una de las ramas más esenciales de nuestra produccion agricola, no fueron suficientemente apreciadas. En el espacio de unos 30 años, esos belllos bosques han casi desaparecido, y con ellos los abrigos que daban á nuestros prados una importancia que ya no reconquistaran jamás. La revolucion de 1793 fué la primera señal de la desrucción y de la ruina; pero la fecha más funesta para los bosques de la Ariege, fué lade 1830. Desde aquella época las cimas han sido devastadas, continuándose la obra en 1848. Guiados por intereses mal comprendidos, los habitantes de las montañas de la Ariege se aprovecharon del desorden que entraña toda crisis gubernamental para ensanchar el circulo de sus praderas, y destruyeron con el hacha y el fuego los bosques que debieron respetar tanto.

En los primeros tiempos de la ruina de nuestros bosques, los pastores, llevados por su buen sentido práctico, comprendieron que era importante en interés de los rebaños respetar los

árboles grandes que les servian de abrigo: asi es, que se veian aún en época no muy lejana unos cuantos abetos en los sitios donde los animales acostumbraban pasar la noche, ó se reunian durante el mal tiempo y calores excesivos. Más tarde, y sin precaucion alguna, siguieron en su obra destructora con tanta menos reflexion, cuanto la penuria de los bosques era de sentir más.—Todo se ha destruido, y el tiempo se ha encargado de demostrar, mejor que las teorias más sábias, las funestas consecuencias de una obra tan estúpida como culpable.

En la memoria anual que dirijo al Consejo general de la Ariege, en 1865 me espresaba en estos términos sobre las consecuencias de la tala de los bosques:

«Despues de esta época se ha producido un cambio muy sensible en la temperatura general del pais. En ciertos valles el frio es mucho más vivo durante el invierno y el calor más fuerte durante el verano. Lo que hay sobre todo de notable, son los cambios bruscos de temperatura; es incontestable que en la primavera, particularmente, se pasa, en el espacio de algunas horas, de un calor fuerte malsano á un frio vivo penetrante, cuando amaga una tormenta ó un simple temporal.» En todas partes los pastores viejos declaran que los animales han sufrido enormemente por la falta de bosques. Interrogando á los que lo recuerdan, afirman que antes era raro que los rebaños se vieran obligados á dejar los prados en la primavera molestados por el frio ó el mal tiempo, porque tenian un refugio, un abrigo cuando se presentaba una borrasca.

Hoy hacen frente al mal tiempo en prados descubiertos, y durante la tempestad no hay guarda capaz de impedir que los animales se refugien en los bosques ó montes que la administracion tiene vedados. Si no hay abrigo, y este falta casi en todas partes, no es extraño ver ese pobre ganado en una ansiedad extrema, dando mugidos y corriendo en todas direcciones.

Por otra parte, es necesario no perder de vista que la desolacion de los bosques ha ejercido una perniciosa influencia sobre la fertilidad de nuestros prados. No es dudoso que si las yerbas no cubren ciertas vertientes, es porque toda vegetacion desaparece de los sitios elevados cuando ningun abrigo, ninguna proteccion pone obstáculo á los estragos causados por la lluvia torrencial y por el derretimiento de las nieves.

Otra consecuencia de esta devastacion es la sequedad extremada que encuentran los animales durante los fuertes calores. La sombra y el

fresco han desaparecido, y los manantiales se han agotado por todas partes.

A pesar de este conjunto de condiciones desplorables, la cría de ganados se hace en la alta Ariege en gran escala y constituye casi la única riqueza del país. Se encuentra una raza, llamada *Carolaise*, que por su rusticidad ofrece la mayor resistencia á todas las causas de enfermedad y se adapta á las necesidades de tal situación. Estos animales son de pequeña talla, de pelo gris de tejón, con los labios, anas y escroto negros, cuerpo delgado, sobre todo del tercio posterior. Tienen la agilidad de las cabras, lo que les permite trepar por los sitios más escarpados en busca de alimentos. Se utilizan apenas para la agricultura, porque el suelo arable ocupa una pequeña superficie de terreno. La leche de las vacas no es objeto de ninguna industria, porque es poco abundante en la raza *Carolaise* y basta apenas para alimentar los becerros y contribuir, en una pequeña parte, á la alimentación de los habitantes de ese desgraciado país. En algunos lugares, no obstante, se fabrican quesos, parecidos á los de Roquefort, que son muy apreciados.

La venta de becerros de seis meses á un año, es el verdadero producto de la agricultura pastoril de la alta Ariege. Dos ferias importantes se celebran todos los años al fin de las yerbas, en Ax, Cabannes y Tarascon, efectuándose un movimiento considerable de exportación de la montaña al llano. Van comerciantes de la baja Ariege, del distrito de Saint-Girons, de la alta Garona y de la Aude y se llevan rebaños numerosos de esos pequeños animales. Cuando llegan á su nueva residencia, donde la higiene es mejor, la alimentación más abundante y de superior calidad, estos jóvenes animales toman formas más anchas y se convierten en excelentes animales de trabajo; adquieren muchas veces la alzada de los *gascones*, conservando en gran parte, sin embargo, su rusticidad nativa.

No creo necesario observar que no se verifica ningún movimiento comercial de animales en sentido contrario, es decir, del llano á la montaña. Los habitantes de la alta Ariege comprenderían muy mal sus intereses si fueran al llano, á 60 ó 70 kilómetros de su pueblo, á comprar reses vacunas mejoradas, porque ó no resistirían las penalidades de la vida pastoril, ó degenerarían rápidamente. Además, se comprende que así sea, porque los ganaderos montañeses, cegados por su apatía y por su desconfianza en todas las innovaciones, no renuncian de ningún modo á su rutina: así es, que no se encuentran en la alta Ariege más que animales que han nacido allí. Este es un hecho material

é incontroable que todo el mundo puede observar, y que por consiguiente está al amparo de toda objeción.

La parte montañosa del distrito de Saint-Girons está más repartida que la de la alta Ariege: el suelo es menos accidentado, más fértil y el ganado está mejor cuidado. Hay poca trashumación, á causa de la considerable cantidad de tierra arable. Además de la raza *Carolaise*, se encuentra en esta región la raza *Saint-Girons*, que, menos rústica que la anterior, es notable por sus cualidades lecheras. Los individuos de esta raza son pequeños, de pelo gris-negruzco y mucosas rosadas.

Las cuadras, tan mal dispuestas como es posible, contienen siempre un número excesivo de animales. Estos se utilizan para los trabajos agrícolas y para la producción de la leche: algunos los envian á los prados del comun, donde permanecen habitualmente desde el mes de Mayo al de Octubre. La producción animal está allí lejos de alcanzar la proporción que tiene en la alta Ariege, á causa de la mayor extensión de tierra laborable de que se dispone; pero los agricultores de ese país van á las ferias de Ax, Cabannes y Tarascon, porque (como ya hemos visto) se hallan en la necesidad de comprar cierto número de animales de la raza *Saint-Girons* para las faenas de la agricultura.

Tal es el cuadro fiel de las condiciones de cría de ganado en la parte montañosa de la Ariege.

(Traducido de la *Revue veterinaire* por) Juan Arderius.

(Continuará).

Curaciones obtenidas con la Medicación balsámica completa de D. N. F. A.

(Continuación de los casos prácticos.)

HERIDA SINOVIAL CRÓNICA Y GRAVE.

En 23 de Julio del próximo pasado año se presentó en mi casa Juan de Mata, vecino y labrador del Campo de San Pedro, rogándome que por Dios! fuera á verle un macho que tenía una herida en el corvejón izquierdo hacia ya un mes, y puesto que, sin embargo de haberle aplicado varios medicamentos el profesor del pueblo, ningún alivio se había conseguido; antes por el contrario, cada día estaba peor el animal, en términos que el citado profesor había acor-

sejado al dueño el abandono absoluto del enfermo.

Como estos casos suelen encerrar frecuentemente un fondo de compromisos y de disgustos futuros, traté yo de escusarme poniendo por pretexto mis muchas ocupaciones. Empero tales instancias me hizo, que no pude evadirme, y le di palabra de acceder á sus deseos, si bien bajo la condición de que mi visita había de ser á título de consulta, con el profesor mencionado, á cuyo efecto debía el dueño avisarle para que nos viéramos á la hora convenida.

El dia 24 á las 11 de su mañana llegué á dicho pueblo, y me presenté desle luego al profesor encargado del tratamiento. Pasamos en el acto él y yo á casa de Juan Mata, y procedimos á celebrar la consulta.

Interrogado por mi dicho profesor sobre el padecimiento del animal y medios puestos en juego para su curación, obtuve las noticias siguientes: «Hace unos 20 ó 30 días que trajeron el macho de la dehesa, cojo y notándosele una herida en el corvejón izquierdo, sin que pudiera saberse si había sido producida por alguna pelea la ó por una coz, pero que indudablemente lo fué por la acción violenta de algún cuerpo duro y algo punzante, según así lo indicaban los contornos de la solución de continuidad. Desde el primer momento fueron empleados los recursos ordinarios que aconseja la ciencia; pero, habiéndose presentado el flujo sinovial, empleó el profesor los astringentes más poderosos, sin haber podido lograr más que un ligero alivio. El mismo profesor, en virtud de esto, consideraba muy difícil la curación del macho, y opinaba que debía aplicarse la cauterización actual, etc., etc., etc.»

Hice levantar al macho, y con muchísimo trabajo se le pudo sacar al portal de la casa para reconocerle á buena luz.—La reseña incompleta de este animal es: burdégano, negro azabache, 10 años, un metro y 40 centímetros, y destinado á las faenas agrícolas.—Explorándole detenidamente, en outré una herida fistulosa y fungosa situada en la parte posterior del corvejón izquierdo; cuya herida dejaba penetrar la sonda unos 5 centímetros y arrojarba líquido sinovial en abundancia. El muslo y anca de aquel remo se hallaban atrofiados; y la claudicación era intensísima, no apoyándose nunca la extremidad en el terreno, pues la tenía el animal en una flexión constante.

Como se vé, el estado del enfermo era grave; mi pronóstico tenía que ser muy reservado; y á no haber contado yo (como contaba) con un medicamento heróico y especial para estos casos, probablemente habría declarado la curación

sumamente difícil, si no imposible; pues la verdad es, que del fuego no podíamos esperar aquí resultados satisfactorios.

Tratamiento.—Sabiendo yo anticipadamente por el dueño la enfermedad con que teníamos que luchar, llevaba con este destino un frasquito del *bálsamo anticolico*, medicamento que nunca falta en mi casa y cuya acción terapéutica tengo la satisfacción de conocer bien á fondo. Aconsejé, pues, decididamente el empleo de dicho bálsamo, que el dueño del macho aceptó gustoso; pero tropezaba con la oposición del profesor, que, no teniendo siquiera noticia de tal bálsamo, se resistía, como era natural, á darle entrada en el tratamiento.

Vencida con las seguridades que yo daba la repugnancia del profesor, se dispuso en seguida la cura.—Las carnes fungosas fueron cortadas con unas tijeras curvas por el plano; se hizo llegar el bálsamo al interior de la fistula por medio de un pincelito; se dejó puesto un lechino empapado en el mismo bálsamo; se aplicó un vendaje meramente contentivo; y el animal fué conducido á su plaza con precaución, quedando el profesor encargado de renovar la cura al dia siguiente (si veía que el flujo continuaba), para lo cual le dejé una cuarta parte del frasquito de bálsamo.

El 27 del mismo mes, á los tres días de hecha la primera cura, volvió por mi casa Juan Mata, diciéndome que el macho estaba mejor, pero que se les había concluido el bálsamo (ó le había vertido el albéitar, que era el profesor encargado), que hiciera el favor de darle más, y que él mismo tomaría á su cuidado la aplicación del medicamento. Le di medio frasquito, le instruí sobre la manera de usarle, advirtiéndole que retardarla las curas á medida que fuera disminuyendo el flujo.—Se marchó muy contento, en la confianza de que su macho se curaba, y me rogó nuevamente que no dejara yo de volver por su casa.

Volvi, en efecto, el dia 1.^o de Agosto acompañado del albéitar. Este profesor, no puto menos de convenir en lo maravilloso de los resultados conseguidos con el bálsamo; pues á los ocho días de la primera cura ya estaba la herida cicatrizada; suprimido (como es consiguiente) el flujo sinovial; el macho podía tenerse ya de pie, comía bien y podía salir al portal sin auxilio, apoyando un poco las lumbres del casco en el piso. La atrofia iba desapareciendo; y en la que fué herida fistulosa no quedaba más que una tumefacción algo endurecida. A esta tumefacción se le dió una untura con el linimento Alonso Ojea, con lo que desapareció casi totalmente; encontrándose el animal (antes de pisar

un mes desde que se emprendió el tratamiento con el bálsamo) en disposición de ser destinado á su trabajo de labor.

Yo no volví á ver el macho hasta que el dia 12 de Octubre, hallándome en la función de un pueblo anejo, me llamó un sujeto para presentarme un macho que había yo curado. Y á la verdad, que tuve que preguntar de dónde y de quién era el animal de que se trataba, pues no le conocía. Este macho era el de la herida sinovial, el que debía haber sido abandonado para que se le comieran los perros!.. Me sorprendió hallarle en buen estado de carnes, lustroso y sin clidiación ninguna. Solo restaba un poquito de la tumefacción que antes mencioné; tumefacción que no había desaparecido por completo, porque, no molestando al animal para el trabajo, no quisieron combatirla (según había yo aconsejado) repitiendo las unturas con el linimento Alonso Ojea.

Fuerza es reconocer que la curación de este padecimiento no ha podido ser más rápida ni más perfecta si se tiene en cuenta, así la gravedad de todas estas heridas, como el tiempo transcurrido hasta que se aplicó el bálsamo, y estimando también la circunstancia (de no poca entidad en este caso) de no haber podido yo tener el animal enfermo bajo mi vigilancia inmediata.—Y como los hechos son elocuentes por sí mismos, dejo á mis compatriotas el grato placer de comentar este que he tenido el honor de someter á su consideración ilustrada.

Fresno y Noviembre de 1876.—JOSÉ MILLAN.

HIGIENE PÚBLICA.

Alimentación de las clases pobres; y en su consecuencia, una cuestión sobre la hipofagia.

Continuación del Epílogo.

SEGUNDA PARTE DE LA HISTORIA INTERCALADA.

Continúa el artículo primero.

«Como hemos visto, la cuestión examinada por el Sr. G. Bazquez es acaso la más grave de cuantas pueden suscitarse en Higiene pública; siendo más grave aún la triste circunstancia de que dos médicos españoles (el señor D. F. Gallego, en primer término), cerrando los ojos de su inteligencia á la luz que arrojan las nociones más elementales de la Fisiología y de la Higiene, se hayan atrevido á sustentar, en pleno siglo

diez y nueve, que *no hay inconveniente para el hombre en alimentarse de carnes procedentes de animales muertos por enfermedades carbuncosas*. Si esto fuera así, si esos dos médicos tuvieran razon en las afirmaciones que han hecho, demás estaba para la administración pública (y debía suprimirse por oneroso y por inútil) ese ramo de vigilancia sanitaria que consiste en inspeccionar las carnes, pescados, leches, y en general cuantas sustancias sirven á la alimentación del hombre, principalmente de las que tienen en su composición principios protéicos, que son las más susceptibles de sufrir alteraciones nocivas. Porque, si fuera exagerado ó erróneo suponer que esos dos médicos niegan á las carnes de animales muertos por carbunco su cualidad perniciosa, y se nos objetara que lo que ellos proponen es el consumo, la utilización de esas mismas carnes después de estar adobadas, secas, destruidas de cualquier modo que sea sus propiedades *morbi-
cas*; á esto responderíamos, en primer lugar, que sería de todo punto imposible evitar el trascendental abuso de expender directamente carnes frescas y en tan malas condiciones de salubridad; y en segundo lugar, que habría necesidad de extender á un grado portentoso ese mismo ramo de vigilancia sanitaria, que una administración sabia y solicita se vería precisada á llevar sus reconocimientos, su inspección científica hasta el seno del hogar doméstico, hasta las cocinas de las casas...! Es por demás ridícula esta nueva exigencia, y no creemos que ninguno de los dos señores médicos á que nos referimos hayan pensado, ni por un momento, en que la administración se halla en el caso de destinar un inspector facultativo á cada salchichería, á cada casa particular para vigilar y dirigir las operaciones del embutido, etc., etc. Por tanto, en la alternativa de juzgar *ridícula* ó *absurda* esa elucubración higiénica del Sr. D. Francisco Gallego y su cooptante, preferimos atacarla por *absurda*, lisa y llanamente.

Es ya una fortuna que el buen sentido público mire hasta con horror ese género de alimentación devastadora; pero la ciencia y los gobiernos han ido más allá: *las reses de carne que se presentan en los mataderos con síntomas de afecciones carbuncosas* (ó que llegan á padecer estas enfermedades ó sus análogas, sea cual fuere el sitio en que se encuentren) son *irremisiblemente sacrificadas y quemadas ó enterradas á un metro de profundidad*, etc., etc.; porque así las ciencia como los gobiernos han reconocido, que no solo el consumo de esas carnes funestas, sino también, y más principalmente, el manejo inevitable de las mismas, antes de quedar a lobadas,

saladas, secas, etc., y la atmósfera más ó menos viciada que crean, son causas poderosísimas de muy grandes perturbaciones en la salud del hombre y de daños á veces enormes para la riqueza pública pecuaria, como ha sucedido en Inglaterra estos últimos años con motivo del tifus contagioso del ganado vacuno. Y así y todo, á pesar del esquisito celo, cada dia más activo, desplegado por los gobiernos y por sus delegados inspectores de salubridad, el rigor severo y justo de las leyes se elude con muchísima frecuencia: se hace sumamente difícil contrarestar la influencia egoista y casi absoluta de los caciques de los pueblos, que suelen ser los abastecedores de carnes, se matan de vez en cuando reses de cualquiera procedencia (hasta de rebaños variolosos), y la salud general del vecindario sufre evidentemente las consecuencias más ó menos terribles de esa malhadada impiedad caciquil. ¿Qué sería de la existencia humana sin esas restricciones, sin ese freno impuesto á la especulación sordida de los agiotistas?.. Lo que ha venido siendo por espacio de una multitud de siglos en que la historia nos presenta una sucesión, interrumpida apenas, de calamidades espantosas, de epidemias y epizootías desoladoras. Y cuando, merced á los progresos de la civilización y de las ciencias, ha llegado el hombre á conquistar algunas verdades útiles que garanticen al menos tanto su salud, sustraído á su ignorancia ó á su temeridad una alimentación insana, muy á menudo mortífera; cuando está ya perfectamente averiguado (no hay nadie que lo desconozca) que el mero hecho de alimentarse con carne de reses flacas, endeble, semi-enfermizas ocasiona diarreas pertinaces, fluidifica y empobrece la sangre, auiquila lentamente al organismo; cuando todo esto y mucho más se sabe, ¿han de hallar quien les conteste siquiera dos médicos españoles que defiendan la inocuidad de carnes procedentes de animales carbuncosos....?

(Coninnard)

RECTIFICACION.

En algunos ejemplares (no en todos) del núm. 637 se nota un pequeño desorden, del que no pudimos apercibirnos oportunamente; y aun cuando el buen juicio de nuestros lectores le habrá salvado ya, es indispensable que subsanemos el error cometido. Mientras se hacia la tirada del periódico hubo de saltar una línea, y los maquinistas la colocaron donde les pareció conveniente, resultando así cierta falta de sentido en las siete primeras líneas del último párrafo en la columna primera de la plana primera.—Lea e en diez las siete primeras líneas o siguiente:

«Convencionalmente, pueden distinguirse sus

diversos periódicos: en 1.º de *incubación*, cuya duración es hipotética, puesto que la enfermedad no se revela absolutamente por ningún síntoma, pero que sin embargo es preciso admitir, conocidos como son los efectos ulteriores que la causa patogénica obra en el organismo; 2.º de *in-*»

AVISO.

La Redacción de LA VETERINARIA ESPAÑOLA considerará nulos y de ningún valor cuantos pagos se le dirigan por conducto de D. Prisco Criado (Plaza de Sto. Domingo, núm. 1, cto. bajo.—Cáceres).

A N U N C I O.

Tratado elemental de Patología externa.

Por E. FOLLIN, profesor agregado á la Facultad de Medicina, y Simon DUPLAY, profesor agregado á la Facultad de Medicina; traducido del francés por D. José López Díez, primer profesor del Instituto oftálmico, etc. D. Mariano Salazar y Alegret, profesor de número del hospital de la princesa, etc., y don Francisco Santana y Villanueva, profesor clínico de la Facultad de Medicina de la Universidad central, etc. Madrid, 1874-1876. Cinco magníficos tomos, ilustrados con gran número de figuras intercaladas en el texto.

Esta obra se publica por cuadernos de 10 pliegos. Cada cuaderno cuesta 2 pesetas 50 cént. en Madrid, 2 pesetas 75 céntimos en provincias, franco de porte.

Se han repartido:

Tomo I, en 8º prolongado con 80 figuras. En rústica 12 pesetas y 50 cént. en Madrid y 13 pesetas y 50 cént. en provincias, franco de porte.

Tomo II, cuadernos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º; cada uno, 2 pesetas y 50 cént. en Madrid y 2 pesetas y 75 cént. en provincias franco de porte.

Tomo III, cuadernos 1.º, 2.º, y 3.º, cada uno 2 pesetas y 50 cént. en Madrid y 2 pesetas y 75 cént. en provincias, franco de porte.

Tomo IV, completo, en 8º con 498 figuras. En rústica: 14 pesetas y 50 cént. en Madrid y 15 pesetas y 50 cént. en provincias, franco de porte.

Tomo V, cuaderno primero, 3 pesetas y 50 cént. en Madrid y 3 pesetas y 75 cént. en provincias, franco de porte.

ADVERTENCIA.—La impresión de esta obra sigue con gran actividad á fin de concluirla á la mayor brevedad.

OTRA.—El Sr. D. Carlos Bailly-Baillière ha adquirido de los Autores y Editores el derecho exclusivo de traducir al castellano esta importante obra, cuyo mérito excusarnos encarecer por ser ya muy conocida del mundo medical.

Se suscribe en la Librería extranjera y nacional de Don C. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, número 10, Madrid, y en las principales librerías del reino.